

según los grados de que suba en cada recinto el termostato del buen tono.

En países hay en Europa en que las personas que no han sido reconocidas por sus méritos se ven un año y dos y diez y no llegan al nivel superior de la amistad.

El bautismo de la amistad no se adquiere allí sino por medio de la presentación.

En España casi todas las presentaciones son meramente ómnibus; son el cumplimiento de una ceremonia prescrita en el ritual de la sociedad.

Se sabe con mucha frecuencia que el que se sabe suele tener con algún individuo de la familia donde se le presenta una profunda simpatía que el cambio presentaría.

En estos casos, las presentaciones son una invención semi-diplomática de la etiqueta contra la vigilancia.

No se necesita poseer un talento extraordinario para advertir desde luego que presentaciones son un giro á la vista de color castaño y verdes son presentaciones intencionales de aquellas que solo pueden producir este resultado: un conocido más.

De todas suertes, la presentación de un conocido presenta á todos el sentido muy diferente.

Hay amigos íntimos que la temen.

Hay conocidos que la desean.

Tal es el mundo!!

este gusto de la belleza y de las buenas do-
 tes á continuación de la partida de bautismo.
 Siempre que conste que la mujer está ba-
 tizada, no hay papel más inútil para su aman-
 te que la partida de bautismo.

Este documento solo sirve para medir lo
 pasado y
CAPITULO DECIMO SESTO.
 vive para lo porvenir.

La edad de una mujer es la que se revela
 en su semblante, ni más ni menos.

De aquí procede que existen mujeres con
 mucha más edad que otras, por el
 contrario, que tienen muchos más años que
 edad.

LA EDAD.

I.

Y es que la edad y los años no son para no-
 Al leer este epígrafe habrá tal vez quien
 juzgue que nos decidimos por los misterios.
 Porque vulgarmente se cree que la edad es
 el gran misterio de las mujeres; el secreto que
 con más empeño guardan.

Parece mentira que á tal extremo llegue
 la creencia vulgar, ó más bien lo vulgar de la
 creencia.

La cuestion de edad presenta dos aspectos:
 el de los años y el de los atractivos.

El primero, como las mujeres no entran en
 quinta, tiene escasísima importancia: el segun-
 do influye de una manera casi siempre decisiva.

Preguntar por los años de una mujer que
 conocemos, es el mayor testimonio de insipi-
 dez: no parece sino que se trata de poner el

visto bueno de la belleza y de las buenas dotes á continuacion de la partida de bautismo.

Siempre que conste que la mujer está bautizada, no hay papel más inútil para su amante que la partida de bautismo.

Este documento solo sirve para medir lo pasado, y el amor se cuida de lo presente y vive para lo porvenir.

La edad de una mujer es la que se revela en su semblante, ni más ni ménos.

De aquí procede que existen mujeres con mucha más edad que años; y otras, por el contrario, que tienen muchos más años que edad.

Y es que *la edad* y los *años* no son para nosotros palabras idénticas. El que de esta paradoja se escandalice, tenga resignacion, y sufra y lea.

La edad es una ilusion como otra cualquiera.

¡Si al ménos fuera un dato para calcular por los años que se *suman* los que *restan*!

Pero ni esa aplicacion admite; que es harto frágil la naturaleza humana.

La edad no la constituyen los años que han corrido, sino las huellas que han impreso.

La mejor edad es aquella en que se logra inspirar más amor.

Un amor que se sujeta á programa, está muy léjos de serlo; y se sujetaría á programa el amor en el momento en que ajustase la

cuenta de los años; que ni aun los años debe *contar*, por no *contar* nada, el amor puro y sincero.

Es cierto que no basta ser bella sin ser jóven; pero es todavía más cierto que no basta ser jóven sin ser bella.

De donde se deduce que la belleza sin la juventud *ha sido y es*; al paso que la juventud sin la belleza, ni *ha sido, ni es*; y amen de todo, causa horror el pensar *lo que será*.

¿Cuál es el límite de la juventud de una mujer? Probemos á fijarlo.

No hablemos por ahora de *los años*, que, como dice el proverbio, es conversacion de gente ordinaria.

El sistema de contabilidad es muy necesario, tratándose de los *años económicos*; pero tratándose de los *años de edad*, todas las fórmulas sobran: no hay para qué molestarse en la cuenta y razon; nadie ha de robarnos ese capital: ni regalado que lo ofrezcamos habrá casi nunca quien lo acepte.

Y decimos casi nunca, pues circunstancias hay en la vida en que compraría el hombre á peso de oro más años de los que, con oro encima, endosaría cualquiera mujer que pase de treinta y cinco.

En el mercado de los años no caben transferencias; suelen caber, sin embargo, rebajas *proporcionales*.

Es una observacion muy curiosa: apenas existen mujeres de cuarenta ni de cincuenta años: la gran mayoría vive en los treinta hasta llegar á los sesenta.

II.

El corazon no envejece; sin embargo, la frente se arruga, y se marchita el arrebol de las mejillas, y desaparece la esbeltez del talle. La vejez del cuerpo no es ni más ni ménos que la carencia de encantos. La lucha entre el corazon, que no envejece, y los encantos, que no subsisten, es horrible.

Tiene razon el que ha dicho que la vejez es el infierno de las mujeres que no son más que bellas.

La nieve de la cabeza no puede extinguir el fuego del pecho: hé aquí una juventud vieja.

Pero en el combate de los sentidos y de las gracias con el gigante que se llama tiempo, la victoria tarda mucho en decidirse.

Ese *mucho* es la vida del amor, es la juventud. La juventud dura tanto como los atractivos; tanto como el derecho y la fortuna de inspirar amor.

Cuando no hay gracias que luchen con el gigante que se llama tiempo, la victoria se

decide desde luego; ó, por mejor decir: no hay victoria, porque no hay combate.

Triste es entónces la vida del amor: triste es la juventud: la ejecutoria de los pocos años sólo sirve para hacer más amargo el porvenir: hé ahí una *vejez joven*.

La frontera entre la juventud y la vejez está mareada con carmin y con albayalde.

Cuanto mayor es el brío con que una mujer acude á los recursos del arte, es tanto más fatal y más alarmante el síntoma.

Cuando me sirven un vaso de agua, dice, si mal no recordamos, Alfonso Karr, y añaden por gran recomendacion que es agua destilada, recuerdo involuntariamente el estado en que el agua se hallaria ántes de la operacion.

Cuando se ve una mujer hermosa que hace veinte ó más años que ya lo era, la estética se rebela contra el calendario; parece imposible que aquella mujer sea vieja.

Cuando se ve una mujer que empieza á no ser hermosa; y que promete serlo ménos cada dia, la estética se oculta; parece imposible que aquella mujer sea joven.

Tan cierto es que en arquitectura hay ruinas de edificios antiguos que tienen infinitamente mayor precio que los edificios nuevos.

III.

—En cuántos períodos puede dividirse la edad de la mujer?—En todos cuantos quiera el curioso lector.

Los más importantes suelen ser para el mundo: el de las ilusiones; el del amor y el de la amistad.

El primero comienza con los albores de la razón.

Las niñas son unas mujeres pequeñas; porque es de saber que las mujeres, según la aventurada expresión de un escritor, desde la edad de seis años sólo crecen en dimensiones.

En esa edad empiezan á amar á sus muñecas, y las tratan como á hijas; más tarde suelen casarse y tratan á sus hijas como á muñecas.

Tantas y tales son las vueltas del mundo.

Hoy se divierten vistiendo y desnudando las muñecas que acarician en sus brazos infantiles; mañana acarician en sus brazos maternales otras muñecas que se visten y desnudan solas. Entre unas y otras caricias median sólo algunos años; media un espacio vacío; el espacio que debió ocupar la educación.

Ese vacío se notará ya en todos los períodos; que mientras él exista, ni el amor puede ser ordenado ni la amistad duradera.

La mujer virtuosa, educada sólida y cristia-

namente, tiene tres fases principales en su edad, tres fases de las cuales vienen á ser las segundas reflejo de la primera: hija, esposa y madre.

Esto parecerá una antigualla; pero entre parecerla y serlo hay gran diferencia; tanto como entre los años y la edad.

Decíamos ántes que el corazón no envejece; tampoco envejece la virtud.

Por eso tiene razón el que ha dicho que la vejez es el infierno de las mujeres que no son más que bellas.

Dicen que al desaparecer la juventud, brota en las mujeres el instinto de amistad hácia las otras.

Podrá ser cierto; pero hasta ahora se había creído que las ideas de benevolencia, de ternura, y aun de magnanimidad, se conformaban mejor con el carácter de la juventud.

Nosotros, que no creemos, háyalo dicho quien quiera, que la amistad de dos mujeres sea siempre el complot contra una tercera, negamos desde luego la exactitud absoluta de la máxima anterior.

Lo que sí creemos, con el gran poeta Byron, es que no hay cosa más incierta que el número de años de las señoras que se dicen de cierta edad.

Pues justamente esas señoras son de ordinario las menos expansivas y dispuestas á los sacrificios de la amistad.

Si se nos obligase, por último, á descender al terreno de la aritmética, y se nos preguntara cómo influye la edad en el amor de las mujeres, no tendríamos inconveniente en responder:

Antes de los veinticinco años hacen muchas conquistas en un dia, todas fugaces; despues de los veinticinco años, hacen en muchos dias una conquista, y aquella prevalece.

CAPITULO DECIMO SETIMO.

EL LLANTO.

I.

“*Dum foemina plorat decipere laborat.*”

“En llanto de mujer
no hay que creer.”

Hé aquí dos proverbios, uno en latin y otro en castellano, que el vulgo repite ordinariamente.

O mejor dicho:

Hé aquí dos *vulgaridades ordinarias* repetidas en latin y en castellano.

Cuando la mujer quiere engañar, tiene recursos más poderosos que el llanto.

Porque al fin el llanto altera sus ojos y marchita la lozanía de sus mejillas.

A los que crean en la verdad de los proverbios citados, diremos aun á riesgo de parecer *retruecanistas*: "es imposible llorar sin llorar."

No negaremos, sin embargo, que hay lágrimas de los ojos y lágrimas del corazón.

¿En qué se distinguen? La ciencia de LA MUJER, tienen sus misterios: este es uno.

Pero las lágrimas de los ojos son tambien lágrimas. Nadie llora sin *llorar*.

En la esfera de un reloj nunca se mueven las manos por sí solas, si el mecanismo interior no les imprimé el movimiento.

El semblante es la gran esfera de la humanidad.

Hay lágrimas que son el juego emponzoñado de la ira: no hablamos de esas.

Hay lágrimas que son la lluvia suave y benéfica en que se resuelven las tempestades del corazón.

Esas son las lágrimas que los poetas llaman con justicia *rocío del cielo*. ¡Dichosos los que las tienen!

¡Beati qui lugent!

Las lágrimas vienen á ser un tesoro, cuyo precio no es dado á todos calcular y comprender; son, como dice San Agustin, la sangre del alma.

No hay séres más desgraciados en la tierra que los séres que no lloran.

Para ellos no tiene el catecismo más que siete bienaventuranzas.

Los que no lloran no saben lo que es consuelo; ignoran lo que es sentir. La más dulce de todas las simpatías es la simpatía de las lágrimas.

Nada liga tanto los corazones, decia un escritor de primer orden, como el placer de llorar juntos.

Vosotras, almas privilegiadas, que en las tranquilas horas de la noche habeis llorado vuestro bien perdido ó vuestro amor ausente, responded á los que se burlan del llanto: llorad por ellos.

II.

Surca los mares el bajel, corre, se aleja, desaparece; y acá en la orilla una mujer lo sigue con atenta mirada; la mirada de aquella mujer se nubla lentamente, y el nublado de los ojos se deshace en lágrimas. Aquella mujer es una madre: es inútil preguntar quién parte en el bajel: los que no saben llorar no pueden conocer el valor de aquellas lágrimas.

A la caída de una tarde serena y melancólica, unos ojos de mujer, bellos como la

sonrisa de la aurora, y apacibles como la brisa de los campos, se fijan en el confin del horizonte; quisieran traspasarlo; quisieran ver más allá; quisieran llegar adonde llegan los ojos del alma. ¡Imposible!!

Entonces una lágrima de fuego se balancea en los párpados; parece que tiembla por el riesgo de revelar un secreto; pero en la cárcel de los ojos no cabe perla de tal precio, y rueda por la mejilla: el primer rayo de la luna que luce esplendente sobre el azul del firmamento, viene á sacarla con su beso de amor.

¡Amor! ¡amor! ¡Los que no saben llorar, no saben lo que significa esa lágrima; no saben lo que es amor!

¡Los que negais la fé de las mujeres; los cobardes que las adulais para engañarlas, decid cuántas veces en esas mismas revelaciones escritas que arrancásteis quizá á la inexperiencia, no habeis hallado la huella de una lágrima! De cierto esa lágrima nada os ha dicho; porque el lenguaje de las lágrimas no lo entienden los corazones de arcilla.

Para vosotros es un axioma la vulgaridad aquella que dice:

“En llanto de mujer
no hay que creer.”

Porque tambien los hombres lloran y los
mas valor lloran. III. Porque las lágrimas no protejan de los ojos;
no se exteriorizan; entónces caen como una

Tambien se llora de alegría; en ese caso las lágrimas no son la lluvia en que se resuelven las tempestades del corazon; son el grato rocío que esmalta los pensamientos más puros y delicados del alma.

Stendhal lo ha dicho: las lágrimas son el extremo sonreír del amor.

Y lo son, en efecto, cuando el amor late oculto y reconcentrado; cuando no se evapora en frases estudiadas.

Una lágrima entónces es la condensacion del riquísimo perfume del amor; de ese perfume que más se purifica cuanto más se guarda.

Una lágrima es siempre la expresion esencialmente poética de los sentimientos íntimos del alma.

Ella sola habla más que todas las declaraciones; más que todas las fórmulas artificiales de la elocuencia humana. ¿De qué le sirve á una mujer de talento y de corazon resistir ó disimular, si no puede guardar con llave el depósito de las lágrimas?

¿De qué le sirve á un hombre apasionado toda la fortaleza de su espíritu, toda la gravedad de su carácter, si una lágrima á hurtadillas lo denuncia?

Porque tambien los hombres lloran, y los de más valor lloran antes. Sucédeles alguna vez que las lágrimas no brotan de los ojos; no se exteriorizan; entónces caen como una lluvia de plomo en el corazon.

El llanto interior es horrible.
Así como nadie vierte lágrimas sin llorar, así muchos lloran sin verter lágrimas.

¡Desgraciados!

Lloran con amargura, y no hay quien vea su llanto; no hay quien lo enjague.

Están tristes, y no hay quien los consuele. Les falta una bienaventuranza.

¡*Beati qui lugent!*

IV.

El llanto más digno de respeto es el llanto del dolor.

Si amar es, como dice una escritora, hacer un pacto con el dolor, el llanto del dolor y el del amor vendrán á ser uno mismo.

Las escritoras en este punto están acordes.

El amor, dice Mad. Cottin, suprema felicidad acá en la tierra, necesita, para ser fuerte y duradero, que le preste sus lágrimas el dolor: hijo de la melancolía más que del gozo, nunca es más pura y más ardiente su llama que cuando se enciende en unos ojos anega-

dos por el llanto. Amor solo es eterno cuando se alimenta en la tristeza.

Porque el amor es triste, como dice Mad. Riccoboni; cierra nuestro corazon á todos los placeres que él no da.

Porque quien dice *enamorado* dice *triste*, segun el sentir de Mad. Lambert.

Porque la tristeza, en fin, es el fermento del amor.

Despues de las autoridades aducidas, casi no es aventurado asegurar que el llanto del amor y el del dolor vienen á ser uno mismo: *llanto del alma*.

Al *llanto de los ojos*, de que al principio hemos hablado, suele corresponder una clase de dolor *oficial*, digámoslo así; un dolor regularizado, sujeto á fórmula, prescrito en el ritual: un dolor hipócrita.

La hipocresía del dolor es la más ridícula de todas las hipocresías.

La costumbre del luto, así en los antiguos como en los modernos pueblos, así en unas como en otras edades, se presta en gran manera á observaciones curiosas.

En casi todos los colores, del blanco al negro, ha querido simbolizar el dolor la aturrida humanidad.

¡Como si el dolor pudiera tener matiz!

En mil extravagancias de la vida, en mil ceremonias y usos más ó ménos explicables,

ha querido la veleidosa humanidad cifrar la expresion suprema del dolor.

¡Como si el dolor tuviese ni pudiera nunca admitir otra expresion que el llanto, *el llanto del alma!*

Para el dolor hipócrita, como ya hemos dicho, para las penas artificiales en que se interesa la cabeza, única rueda que hace mover entónces las manos de la esfera, están las lágrimas que no queman, que no dejan surco, que no pueden dar razon del estado del alma, porque no vienen de tan léjos: *las lágrimas de los ojos.*

Entre estas y las del alma hay la diferencia misma que entre las perlas de Oriente y las burbujas de jabon.

Distinguir las á primera vista, á pesar de tan inmensa diferencia, equivale á penetrar en uno de los principales misterios de LA MUJER.

Y quien penetra en los misterios de LA MUJER tiene mucho adelantado en el camino de la sabiduría; y si además disfruta las delicias del amor, puede dar por resuelto un gran problema; alcanza una dicha que antiguamente se juzgaba difícil, aun para los dioses del Olimpo:

Amare et sapere via deis conceditur.

CAPITULO DECIMO OCTAVO.

LA MELANCOLIA.

I.

El capítulo de *la melancolía*, ¿debe preceder ó debe seguir al del *llanto*?

¿Llora el que está melancólico, ó cae en la melancolía el que ha llorado mucho?

Hé aqui una cuestion de *prioridad* casi tan grave como la mayor parte de las que resuelve la filosofia de ciertos sábios.

¿Quién fuera filósofo!

El autor de estos APUNTES promete dedicarse á la susodicha filosofia, y para otra edicion ya sabrá de cierto si debe anteponer ó posponer este capítulo.

Los médicos tratan de la melancolía en sus libros antiguos y modernos: dicen que se cu-